

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VOLUMEN 88

FÍGARO
COLECCIÓN DE ARTÍCULOS
DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS
Y DE COSTUMBRES



CON EL PATROCINIO DE



MARIANO JOSÉ DE LARRA

FÍGARO

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS
DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS
Y DE COSTUMBRES

EDICIÓN, ESTUDIO Y NOTAS DE
ALEJANDRO PÉREZ VIDAL

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
MADRID
MMXVI

SUMARIO

Presentación

IX

FÍGARO

Colección de artículos dramáticos, literarios,
políticos y de costumbres

I-658

Apéndice

659

ESTUDIO Y ANEXOS

Mariano José de Larra y «Fígaro»

775

Aparato crítico

847

Notas complementarias

911

Bibliografía

957

Índice de notas

973

Tabla

Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres es el título que Larra eligió en 1835 para publicar una antología de sus escritos periodísticos aparecidos hasta aquel momento. Fígaro era el nombre bajo el que firmaba sus artículos, bastante más que un seudónimo, casi un heterónimo. Se trata de un personaje literario célebre, un barbero de Sevilla al que insufló vida el dramaturgo francés Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, y que había corrido mundo en célebres adaptaciones operísticas de Paisiello, de Mozart y de Rossini; un personaje mordaz, protagonista de cómicas aventuras en las que asuntos graves se dirimían entre burlas y risas, y que volvía de la mano de Larra al mundo periodístico español para seguir practicando la libertad de palabra.

De *Fígaro. Colección de artículos...* se publicaron en vida de Larra tres pequeños volúmenes, a los que inmediatamente después de su muerte se añadieron otros dos, en gran parte preparados por él. Esa selección decidida por el propio escritor, que recogía algo más de una tercera parte del total de sus artículos, es la que aquí se publica, con el añadido de una serie de textos que permiten completar la imagen que el escritor quiso transmitir de su obra.

Ningún tipo de escrito parecía entonces más condenado que el artículo periodístico a quedar sepultado entre las circunstancias pasajeras de su origen, su público local y su efímero medio de difusión, y sin embargo los artículos de Larra han pervivido y se han leído durante casi dos siglos en todo el ámbito hispánico con placer y con interés, si no con admiración.

Larra publicó sus primeros artículos antes de cumplir los veinte años. Creó entonces, en 1828, un pequeño periódico, *El Duende Satírico del Día*, escrito íntegramente por él e impreso en una especie de cuadernillos que se distribuían en las librerías. Cuando unos años más tarde, ya célebre, empezó a publicar sus artículos en volumen, Larra desdeñó todo lo que había aparecido en *El Duende*. Pueden imaginarse sus motivos, pero con la perspectiva del tiempo algunos de aquellos textos siguen leyéndose con placer.

La siguiente publicación en la que aparecieron artículos de Larra, a partir de 1832, fue *El Pobrecito Hablador*. Lo redactaba también él solo y su formato era igualmente reducido, pero la periodicidad era regular. Desde el principio se aprecian diferencias respecto al *Duende*. El primer artículo, «¿Quién es el público y dónde se en-

cuenta?», tomaba muy directamente como modelo uno de Jouy, pero en algunos pasajes, que marcaban el tono del texto, aparecía una voz narrativa que se distinguía por sí misma. Era ya la voz que narraba los únicos cuatro artículos que Larra salvó al preparar la edición en volumen, algunos de ellos entre los más célebres suyos, como «Vuelva usted mañana» y «El castellano viejo».

Cuando aún estaban publicándose los últimos números de *El Pobrecito Hablador*, Larra empezó a publicar sus artículos como colaborador estable de un periódico generalista, *La Revista Española*. Emprendía así su profesionalización como «escritor público», lo que con seguridad había deseado desde el principio. No era un papel fácil, y pronto tuvo ocasión de reflexionar irónicamente sobre él, en su artículo «Ya soy redactor». Pero aquella era ya su identidad definitiva, a la que daría forma a partir de entonces bajo el nombre de «Fígaro».

El primer tema del que se encargó Larra en *La Revista Española*, como se ve en el artículo «Mi nombre y mis propósitos», fue el teatro, sobre el que siguió escribiendo siempre, hasta el final (sobre teatro versa su último artículo publicado). Larra era él mismo autor de piezas teatrales originales, así como de varias traducciones y adaptaciones de obras francesas, además de un libreto operístico. En el teatro se dirimían por aquella época cuestiones literarias de actualidad, en particular las formas que debían adoptar unos cambios que muchos consideraban cada vez más urgentes o inevitables, y que pueden resumirse en la superación del teatro tradicional y clasicista y la aclimatación y el desarrollo de un nuevo teatro romántico. El teatro tenía para un sector de la sociedad de la época, en las ciudades, una importancia que iba más allá de lo literario. Los artículos de Larra muestran las connotaciones plurales de aquella actividad. En los que dedicó, por ejemplo, a piezas como *La conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, *El Trovador*, de Anonio García Gutiérrez, o *Antony*, de Alejandro Dumas, puso tanto de sí mismo como en sus artículos políticos o de costumbres.

Muy pronto Larra consiguió empezar a publicar artículos narrativos bajo la rúbrica de «Costumbres» del periódico. Aquél era claramente el género de escritura que más le interesaba, y en el que alcanzó indudablemente su máxima altura literaria. Era una forma de narrar muy personal, en la que el narrador participaba a menudo en la acción y los diálogos, y que fue manejando con libertad

cada vez mayor. Recurrió además a otras formas, como la de la correspondencia ficticia ensayada en *El Pobrecito Hablador*.

Larra escribió también mucho sobre temas políticos, en ocasiones a través de sus críticas teatrales o en artículos costumbristas, pero a veces también directamente, empezando por sus sátiras anticarlistas, muy célebres en su momento, desde «Nadie pase sin hablar al portero, o Los viajeros en Vitoria». En ese terreno, acompañó con sus comentarios —casi siempre irónicos, a menudo sarcásticos— unos cambios decisivos para el país, desde las primeras y tímidas aperturas del absolutismo en los últimos meses de vida de Fernando VII hasta los intentos de creación de un Estado liberal, entre propuestas contrastadas o antagónicas, y sobre el trasfondo de la guerra civil iniciada por los carlistas.

Larra tuvo una vida personal bastante tormentosa, de la que por otra parte no sabemos mucho. Se casó joven, tuvo dos hijos en su matrimonio, pero luego se separó y su tercera hija nació ya después de la separación. A principios de 1835 pasó por una crisis que le indujo a alejarse de Madrid a finales de marzo de aquel año e instalarse en París durante algunos meses.

A su regreso, en enero de 1836, empezó a publicar sus artículos en un nuevo diario, *El Español*. La vida política había cambiado considerablemente en el verano de 1835 y Larra la tomó por tema más abiertamente en sus artículos y en folletos que publicó al margen del periódico. En un determinado momento decidió participar personalmente, presentándose como candidato en unas elecciones de diputados a Cortes; un nuevo cambio político condujo a la anulación de aquellas elecciones y el fracaso contribuyó a acentuar sus problemas personales y su pesimismo. Larra expresó su estado de ánimo de ese momento en algunos de sus mejores artículos: «El Día de Difuntos de 1836», «Horas de invierno», «La Noche Buena de 1836»... Menéndez y Pelayo pensaba probablemente en estos escritos finales al decir que «acertó a dar forma, en cierto modo poética, a su concepto pesimista del mundo, a su interpretación siniestra, pero trascendental, de la vida».

Leopoldo Alas, Clarín, escribió a finales del siglo XIX que Larra «veía horizontes que sus contemporáneos en España no columbraban siquiera». Eran horizontes históricos y de pensamiento, y a la vez horizontes literarios. No es casualidad que fuera el primero en señalar al público español la importancia de Balzac. Un novelista de nuestros días, Javier Cercas, ha escrito, a propósito del narra-

dor esencialmente autoirónico que inventó Larra en sus artículos: «Yo creo que ese narrador no ha dicho todavía todo lo que tiene que decir, y que no sólo tenemos todavía mucho que aprender de él quienes escribimos en los periódicos».

Azorín, gran admirador de Larra, cuya obra contribuyó a difundir en la primera mitad del siglo xx, afirmaba con razón que su prosa era «limpia, clara, sin rezumos pedantescos», y añadía refiriéndose también a él: «no se advierte lectura alguna, sino que estamos en contacto con la vida, con la sensación misma». Esto último tiene su parte de verdad, pero ha de leerse con cuidado.

Como escribió José Fernández Montesinos, Larra «tenía el *Quijote* en la uña». El modelo cervantino está continuamente presente en sus artículos. También lo están Quevedo y algunas de las obras del teatro barroco. Igualmente hay que tener en cuenta lo que él mismo dice: «¿Cómo se escribiría en el día, en nuestra patria, sin la existencia anterior de los Feijoo, Iriarte, Forner y Moratín?»; era la tradición ilustrada y clasicista española, fundamental en su formación, como los clásicos latinos, con Horacio a la cabeza. A eso se añadían amplias lecturas de otras literaturas modernas. Se interesaba además por las ciencias de la naturaleza, la historia y la economía. Sobre la vida y las sensaciones, como decía Azorín; lejos de toda pedantería, y como resultado de una auténtica pasión por la literatura.

FÍGARO

COLECCIÓN DE
ARTÍCULOS DRAMÁTICOS,
LITERARIOS, POLÍTICOS
Y DE COSTUMBRES



Los cinco volúmenes de *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, Imprenta de Repullés, Madrid, 1835-1837 (ejemplar de la Biblioteca de Catalunya, de Barcelona), han proporcionado el texto básico para todos los artículos allí recogidos. Para casi todos los demás el texto básico ha sido el publicado en los distintos periódicos en los que aparecieron originalmente: *El Duende Satírico del Día*, *El Pobrecito Hablador*, *La Revista Española*, *La Revista Española-Mensajero de las Cortes*, *El Español* y el *Semanario Pintoresco Español*. Se incluyen cuatro textos no publicados en vida de Larra para los cuales la edición que se presenta aquí se basa directamente en el único manuscrito conservado.

Los signos ° y □ remiten respectivamente a las notas complementarias y a las entradas del aparato crítico.

Todas las notas con llamada de asterisco (*) son de Mariano José de Larra.

On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose, je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit...

Beaumarchais,
Le mariage de Figaro, 1784¹

¹ Este epígrafe aparecía, en francés, al principio de cada uno de los cinco tomos de la *Colección de artículos* de Mariano José Larra; en el titulado «Un periódico nuevo» se lee la siguiente versión del pasaje, del propio Larra: «Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta a la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos ni

de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos o tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico...».

Ignoro qué especie de interés puede tener para el público la colección que le ofrezco.¹ Sea el que fuere, mis lectores conocerán fácilmente que si esa consideración hubiese de entrar en la publicación de los libros, apenas se imprimiría. Personas hartamente indulgentes acaso con mi corto talento, o demasiado amigas mías para conocer los defectos de mis escritos, me han asegurado que esta idea no carecía de oportunidad. No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito o su demérito: no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que, habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicación del *Pobrecito Hablador* empecé a cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde;² *La Revista Española* me abrió sus columnas en tiempo de Cea,³ y he escrito en *El Observador* durante Martínez de la Rosa.⁴ Esta colección será, pues, cuando menos un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta.

He aquí la razón por que no he seguido en ella otro orden que el de las fechas. Esto presenta además cierta variedad al lector

¹ Este texto introductorio, sin título, encabezaba el primero de los dos tomos de *Fíguro* publicados casi al mismo tiempo en la primavera de 1835.^o

² Larra no menciona *El Duende Satírico del Día*, su publicación de 1828-1829. De *El Pobrecito Hablador* aparecieron catorce entregas, de agosto de 1832 a marzo de 1833. Sobre esta publicación puede verse el Estudio, pp. 787 y ss.

¶ Francisco Tadeo Calomarde (1773-1842) fue ministro de Gracia y Justicia desde 1823 hasta 1832, con una breve interrupción. Su nombre se identificaba con la denominada «década ominosa», marcada especialmente por la política de censura y sus persecuciones de liberales, con hechos como las ejecuciones, en 1831, de Mariana Pineda en Granada, José María de Torrijos en Málaga y el librero Antonio Miyar en Madrid.

³ Larra empezó a publicar artículos de crítica teatral en *La Revista Española*, al principio sin su firma, en noviembre de 1832, al mismo tiempo que aparecían los últimos números de *El Pobrecito Hablador*. En *La Revista Española* se consumó la profesionalización de Larra como periodista y escritor. Francisco Cea Bermúdez (1779-1850) fue jefe del gabinete ministerial de octubre de 1832 a enero de 1834.

⁴ *El Observador*, periódico dirigido por Antonio Alcalá Galiano, apareció en junio de 1834 y Larra publicó sus colaboraciones en él de octubre a diciembre de ese año. Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), escritor y político, era jefe del gabinete ministerial en el momento en el que Larra redactó este prólogo; había sucedido a Cea Bermúdez.

que quisiera leerla de seguido, pues encontrará un artículo grave de literatura entre otro de costumbres y otro de política.

La precipitación con que se escribe en un periódico, y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptación, en el momento de ver la luz, algunos artículos que, examinados detenidamente a sangre fría algún tiempo después, mal pudieran resistir la crítica más indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habían parecido agradar, y que en el día ni aun a mí mismo me agradan ya.

He escogido los que presentan un interés general, los que aluden a circunstancias muy notables, los que pueden, en una palabra, dar una idea del estado de nuestras costumbres, de nuestra literatura, de nuestros teatros, y por fin de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años 32, 33 y 34.

Los demás, al escribirse con destino a un periódico, obra que nace y muere en el mismo día, llevaban ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia.

Al formar esta serie he tratado de acrecentar su interés añadiéndole algunos artículos nuevos e inéditos, que someto como los demás al juicio de mis lectores, y que se hallarán en el segundo tomo.⁵

Por último, he pensado que si existen efectivamente personas que dispensen alguna predilección a mis escritos, siempre les ofrece esta colección suficiente interés en el hecho de tener en ella reunidos los artículos de Fígaro, que han visto la luz diseminados en tres obras periódicas distintas y cuyas colecciones es difícil que posea todas e íntegras una persona misma.

Nada me queda que añadir. Si no he acabado de escribir, si nuevos artículos de esta misma especie salen de mi pluma en lo sucesivo, y si el público, con la acogida que dé a esta colección, me prueba que no me he equivocado en creerlo siempre indulgente para mí, acaso se añada con el tiempo algún otro tomo a los que en el día con la mayor desconfianza le presento.

⁵ Sobre el plan de publicación de *Fígaro*, véase el Estudio, pp. 833 y ss.

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS¹

FIGARO. Ennuyé de moi, dégoûté des autres... supérieur aux événements; loué par ceux-ci, blâmé par ceux-là; aidant au bon temps, supportant le mauvais; me moquant des sots, bravant les méchants... vous me voyez enfin...

LE COMTE. Qui t'a donné une philosophie aussi gaie?

FIGARO. L'habitude du malheur; je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer.

Beaumarchais, *Le Barbier de Séville*, acte I²

Mucho tiempo hace que tenía yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro; no precisamente porque más que otros le entienda, sino porque más que otros quisiera que llegasen todos a entenderle.³ Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad: cosas ambas a dos que creía necesarias para hablar de la una con la otra.⁴

¹ *La Revista Española*, núm. 21, 15 de enero de 1833. Este texto, que marcó un cambio en el tipo de presencia del escritor en *La Revista Española*, fue el primero que Larra firmó con el seudónimo «Fígaro». Lo colocó en cabeza de su primera colección de artículos, apartándose del orden cronológico que siguió en el resto de la recopilación; al hacerlo introdujo numerosas modificaciones, empezando por el título, que en *La Revista Española* era «Variedades teatrales», y por el epígrafe, que allí no aparecía.^o

² FÍGARO. Aburrido de mí mismo, hastiado de los demás... por encima de los acontecimientos; elogiado por unos, censurado por otros; aprovechando el buen tiempo, soportando el malo, burlándome de los necios y desafiando a los malvados... aquí me tiene usted, en fin... | EL CONDE. ¿De dónde has sacado una filosofía tan alegre? | FÍGARO.

Del hábito de la desgracia; me apresuro a reírme de todo, por miedo a tener que llorar por todo' (escena II).

³ En su uso de los pronombres Larra incurre a menudo, aunque no sistemáticamente, en lo que hoy denominamos leísmos y laísmos. Téngase en cuenta, sin embargo, que sobre dos tipos de leísmo (*le* por *lo* en acusativo singular, tanto de persona como de cosa), la norma de la época era contraria a la actual; la *Gramática* de la Real Academia Española entonces vigente, la de 1796, afirmaba: «se ha de creer que está mal dicho: el juez persiguió a un ladrón, *lo* prendió, *lo* castigó; o F. compuso un libro, y *lo* imprimió, en lugar de *le*». Otros autores posteriores a Larra, como Pérez Galdós en el siglo XIX y Azorín en el XX, siguieron siendo leístas.

⁴ *ambas a dos*: 'ambas', construcción pleonástica de uso frecuente hasta bien entrado el siglo XX (véanse pp. 38 y 69).

Otras dudillas tenía además: la primera, si me querrían oír; la segunda, si me querrían entender; la tercera, si habría quien me agradeciese mi cristiana intención, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante a los unos y disgustar a los otros más de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algún nombre le he de dar) me quiso convencer no sólo de que tenemos teatro, sino también de que tengo habilidad; más fácilmente hubiera creído lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo: que en lo de si tenemos teatro yo era quien había de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo había de decir a mí. Acerca del miedo de que no me quieran oír, asegúrome muy seriamente que no sería yo el primero que hablase sin ser oído, y que como en esto más se trataba de hablar que de escuchar, más preciso era yo que mi auditorio. Ridículo es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga, pero todavía sería peor oír sin haber quien hable. Acerca de si me querrían entender, me tranquilizó afirmándome: que en los más no estaría el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco a unos y disgustar mucho a otros, «¡Pardiez! —me dijo—, que os embarzáis en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar a sus lectores; a más de quedaros siempre el simple recurso de disgustar a los unos y a los otros, dejándolos a todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto».

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aún que elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribía; porque esto de decir: «yo soy Fulano», tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es, y muy bueno, no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme Fígaro, nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas; porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso además, si los hay.⁵ Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en

⁵ Larra suprimió en *Fígaro* una alusión al Curioso Parlante, seudónimo de Ramón de Mesonero Romanos. □ So-

bre sus relaciones con él, véase el Estudio, pp. 788-789. El propio Mesonero Romanos, en sus *Memorias de un*

todas partes, tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico, todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy a conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje a un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdicción de mi crítica.⁶

Con respecto por ejemplo a los actores, y sobre todo a los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daría el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaría yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado Ayuntamiento.⁷ Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores muchos pero malos me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posición, y recibió aviso de que se acercaba a más andar el enemigo.

—Mi general —le dijo su edecán—,⁸ ¡el enemigo!

setentón, relató que el amigo que había sugerido a Larra el seudónimo «Fígaro» había sido Juan de Grimaldi (1796-1872), quien también había ayudado a Larra en los comienzos de su actividad de traductor y autor de teatro.⁶

⁶ En el texto de *La Revista Española* siguen tres párrafos sobre defectos frecuentes de las representaciones teatrales, suprimidos en *Fígaro*.⁶

⁷ En el pasaje que sigue, al modificar el texto de *La Revista Española* para *Fígaro*, Larra aprovechó un pasaje de otro artículo de crítica teatral, publicado en el número 65 del mismo periódico, el 18 de junio de 1833 («TEATROS. Noche del 15 del corriente. Salida del Sr. Nica-

nor Puchol en *Pelayo*, tragedia de don Manuel José Quintana).⁷ El Ayuntamiento era propietario de los dos teatros principales de Madrid, el del Príncipe y el de la Cruz; en algunos momentos, cuando no conseguía arrendarlos a empresarios privados, el propio Ayuntamiento tenía que gestionarlos directamente. Puede deducirse que este texto de Larra, con su irónica alusión a la gestión municipal, está redactado en uno de esos momentos.

⁸ *edecán*: 'ayudante de campo'; era la denominación de las ordenanzas militares para los oficiales que asistían a generales y capitanes generales. Es calco fonético del francés *aide de camp*, docu-

—El enemigo, ¿eh? —preguntó el general—. Déjele usted que se acerque.

—¡Señor, que ya se le ve! —dijo de allí a un rato el edecán.

—Cierto. Ya se le ve.

—¿Y qué hacemos, mi general? —añadió el edecán.

—Mire usted —contestó el general como hombre resuelto—, mande usted que le tiren un cañonazo; veremos cómo lo toma.

—¿Un cañonazo, mi general? —dijo el edecán—. Están muy lejos aún.

—No importa, un cañonazo he dicho —repuso el general.

—Pero, señor —contestó el edecán, despechado—, un cañonazo no alcanza.

—¿No alcanza? —interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad—, ¿no alcanza un cañonazo?

—No señor, no alcanza —dijo con firmeza el edecán.

—Pues bien —concluyó Su Excelencia—, que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público a ver cómo lo toma. ¿No alcanza, no gusta? Darle dos.⁹

Menos diré por consiguiente que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los más dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivía en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicación con su familia. Movido de los ruegos de ésta, fuele a visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debía de hacer nunca su cama; tal estaba ella de mal parada.

—¿Pero es posible, señor don Braulio —le dijo el amigo al loco—, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni...?

—No, amigo, no; es mi sistema.

—¿Pero qué sistema?

—Tengo razones.

—¿Razones?

mentado al menos desde finales del siglo XVIII.

⁹ A continuación aparece otro pasaje añadido por Larra en *Fígaro*, utilizando parte del texto de otra crítica tea-

tral, publicada en *La Revista Española*, núm. 148, del 24 de enero de 1834. («TEATROS. Príncipe. *Julia*, comedia nueva en dos actos, traducción de la que escribió Scribe en uno solo con el

—No, amigo —respondió el loco—; no haré mi cama, no la haré —y acercándosele al oído, añadióle con aire misterioso—: «No la hagas y no la temas».

A este refrán se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. «No hacemos la comedia», dicen como el loco, «porque “no la hagas y no la temas”».¹⁰

Pues, tan comedido como con los teatros, he de ser poco más o menos con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañen al Gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos a encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Úbeda, cuyo caso no he de callar, por vida mía, más que en cuentos y relatos me llame el lector pesado.

Había llamado el tal a un pintor, y mandándole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato había sido darle un ducado por virgen,¹¹ que por cierto no fue caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni había para qué ponerlas todas: había, pues, imaginado el pintor de Úbeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así sólo podrían contarse alguna docena en primer término, dos o tres docenas en segundo, e infinidad de cabezas que de las puertas salían; contó callandito el aficionado a vírgenes las que alcanzaba a ver, y preguntole enseguida al artista cuánto valía el cuadro conforme al contrato. Respondióle aquél que claro estaba, que once mil ducados.

—¿Cómo puede ser eso —le repuso el que había de pagar—, si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas?

—¿No ve vuestra merced —contestó el pintor— que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero...

título de *Camille, ou soeur et frère*, noche del 22 del corriente».[□]

¹⁰ A partir de aquí se lee otro fragmento añadido por Larra a «Variedades teatrales», procedente de otra crítica teatral, publicada en *La Revista Española*, núm. 59, del 28 de mayo de 1833 («TEATROS. Príncipe. Noche del 26. Salida de la señora Juana Máiquez en *Miguel y Cristina — La familia del Boti-*

cario — El califa de Bagdad. Papel de Kesia, desempeñado por la señora Serrano».[□]

¹¹ Santa Úrsula y las once mil vírgenes, según la leyenda, fueron martirizadas por los hunos en la ciudad de Colonia (siglo v). El tema había sido tratado en numerosas pinturas. Larra desarrolla en su breve relato un cuentecillo tradicional.[○]

—¡Ah! Pues entonces —concluyó el aficionado—, tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden a las que han salido, y con respecto a las demás, yo se las iré pagando a vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado Gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.¹²

Así que me iré muy a la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprehensible, veré cómo y cuándo, y a quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentación de reformar, y que entro en esta obligación con la misma disposición de ánimo que tiene el soldado que va a tomar una batería.

¹² Esta frase explicativa fue añadida por Larra en *Fígaro*; no aparecía en el artículo de mayo de 1833 del que Larra tomó el cuentecillo que precede.

EL CASARSE PRONTO Y MAL¹

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir a parar el tener hermanos. Éste era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba papá, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo,² hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, a pretexto de inclinar a la virtud enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día. Sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena o mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fue necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionose mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fue el pan pan, ni el vino vino. Casose, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Bote-llas,³ que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró a Francia.

¹ *El Pobrecito Hablador*, núm. 7, con pie de imprenta de noviembre de 1832; anunciado a la venta el 3 de diciembre del mismo año. El título iba precedido por una indicación del género, «Costumbres», y seguido por un subtítulo, «Artículo del Bachiller». En la edición en volumen de este artículo, Larra suprimió un extenso pasaje del comienzo que contenía una reflexión so-

bre las relaciones entre el escritor y su público.^{□□}

² *cuyo*: coloquialmente, 'galán, pretendiente, novio'.

³ Nombre dado con frecuencia a José Bonaparte en sátiras populares, en la época de la Guerra de la Independencia; se decía a menudo en ellas que era tuerto y bebedor. La famosa jornada de Vitoria alude a la batalla que tuvo

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del *Año cristiano* a Pigault Lebrun,⁴ y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y que sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que padre y madre eran cosa de brutos, y que a papá y mamá se les debía tratar de tú, porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros a los segundos). Verdades todas que respeto tanto o más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado,⁵ puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé a qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy bue-

lugar el 13 de junio de 1813; los ejércitos napoleónicos sufrieron en ella la gran derrota final.

⁴ *El año cristiano*, de Juan Croisset, en traducción de José Francisco Isla, se publicó por primera vez en Salamanca en 1753-1773, en doce volúmenes, y se reeditó entre entonces y la época de Larra una veintena de veces. Guillaume Charles Antoine Pigault-Lebrun (1753-1835) publicó entre 1793 y 1813 más de

setenta novelas, alguna de las cuales fue condenada judicialmente por inmoral en la Francia de la Restauración. El contraste simboliza el salto de una cultura marcada por normas y hábitos de conducta estrictos vinculados a la religión a una cultura laica y permisiva en todos los ámbitos.

⁵ *despreocupado*: aquí, 'que se aparta de las creencias, opiniones o prejuicios generales'.

na tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador y raciocinador, como todo muchacho bien educado; y fue el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó a gustar a una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos,⁶ que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto;⁷ tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la *Nueva Eloísa*;⁸ y no hay más que decir sino que a los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta, y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo a los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habían dado principio a sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo,⁹ se llegaron a imaginar primero, y a creer después a pies juntillas, como se suele muy mal decir,¹⁰ que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podría venir a parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su

⁶ *se embaulaba en el cuerpo*: 'engullía', 'se metía en el cuerpo como en un baúl'.

⁷ Si inicia aquí un paralelismo implícito entre la lectura de novelas sentimentales por parte de la protagonista femenina del relato y la lectura de libros de caballerías por Don Quijote.

⁸ La novela epistolar de Jean-Jacques Rousseau *Julia o la Nueva Eloísa*. Aparecida en 1761, en los cuarenta años siguientes se publicaron más de setenta ediciones, con lo que fue el mayor éxito editorial del siglo, y siguió leyéndose mucho en el XIX. En las actitudes de los personajes y en las reflexiones de sus cartas se afirma la fuerza de sus senti-

mientos, a menudo enfrentados a las normas sociales y las ideas dominantes. A pesar de que en su conducta se plegaban en general a las convenciones (Julia acepta casarse con quien quiere su padre, aunque por otra parte antes ha «perdido su inocencia» con su amante), la obra resultaba abiertamente transgresora y fue incluida en 1806 en el índice romano de libros prohibidos por la Iglesia.

⁹ *trapillo*: 'pretendiente, novio'.

¹⁰ No es esta la única ocasión en la que Larra critica la imprecisión del sentido o la oscuridad de determinados refranes o expresiones coloquiales.°

parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición a sus ejecutorias y blasones,¹¹ porque hay que advertir dos cosas: 1.^a Que hay despreocupados por este estilo; y 2.^a Que somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por que estaba mi sobrinito destinado a morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguose, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bleado de su nobleza, hubo aquello de decirle:

—Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?

—Quiero a Elenita —respondió mi sobrino.

—¿Y con qué fin, caballerito?

—Para casarme con ella.

—Pero no tiene usted empleo ni carrera.

—Eso es cuenta mía...

—Sus padres de usted no consentirán...

—Sí, señor; usted no conoce a mis papás.

—Perfectamente: mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.

—Entiendo.

—Me alegro, caballerito.

Y quedó nuestro Orlando hecho una estatua,¹² pero bien decidido a romper por todos los inconvenientes.

¹¹ *ejecutorias* o *cartas ejecutorias* eran 'los documentos extendidos por los tribunales (las «salas de hijosdalgo» de las chancillerías) para declarar la «hidalguía» o «nobleza de sangre» de sus titulares'; los *blasones* o escudos de armas se usa-

ban como distintivos de las familias o casas nobiliarias.

¹² El nombre de Orlando, como los de Angélica y Medoro, que aparecen más adelante, aluden al *Orlando furioso*, de Ariosto.°

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese a trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo, a todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido,¹³ y no fueron bastantes a disuadir-la las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, y que en cuanto a comer, ni eso hacía falta a los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers,¹⁴ ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más o menos fue la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía, de que los padres no deben tiranizar a los hijos, que los hijos no deben obedecer a los padres; insistía en que era independiente; que en cuanto a haberle criado y educado nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible; y a lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.¹⁵

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y rapto, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar a la niña por el vicario.¹⁶ Púsose el plan en ejecución, y a los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad

¹³ *malva*: 'persona dócil y apacible'; aquí se trata, obviamente, de una ironía en el sentido retórico de la palabra: dar a entender lo contrario de lo que literalmente se dice, con intención burlesca.

¹⁴ Personajes de *The Children of the Abbey* ('Los niños de la abadía'), novela gótica de Regina Maria Roche (1764-1845); fue publicada en 1796 y obtuvo un gran éxito tanto en inglés

como en las versiones francesa y española.

¹⁵ Alude probablemente a unas palabras de Tediato en la primera de las *Noches lúgubres* de Cadalso.^o

¹⁶ *sacar la novia por el vicario*: 'conseguir el novio que el vicario judicial o juez eclesiástico autorice a la novia a salir de casa de sus padres y trasladarse a un lugar en el que poder declarar libremente su voluntad de casarse'.

que se usa en el día, de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz; otorgose la demanda; un amigo prestó a mi sobrino algún dinero, unieronse con el lazo conyugal, establecieronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual a la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero, ¡oh dolor!, pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar a su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca,¹⁷ y Medoro no sabía más que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos. Mi sobrino salía de mañana a buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar a su casa con qué dar de comer a su mujer le detenía hasta la noche... Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina todo es mohína;¹⁸ las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos a otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta a la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia a la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducía; a los continuos reproches se sigue, en fin, el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar a su familia a ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro a que dio la locura la primera pincelada, y apresurémonos a dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya

¹⁷ Tanto en *Fígaro* como en *El Pobre Hablador* se lee «mazowrka». Al principio se usó frecuentemente en España esa grafía para el nombre de una danza de origen polaco, el «mazurek».

Chopin compuso sus «mazurcas» a partir de 1825 basándose en el ritmo y las melodías tradicionales de su país. °

¹⁸ 'donde no hay qué comer todos andan disgustados'; es refrán.

el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería a los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas: ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es a los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... En fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aun protección! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroísmo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra...!

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer, que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia,¹⁹ sucumbe por fin a la seducción y a la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino a su casa; sus hijos están solos. «¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?» Corre a casa de su amigo. «¿No está en Madrid?» ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz!²⁰ ¿Será posible? Vuela a la policía, se informa. Una joven de tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reúne mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo a los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre a la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda

¹⁹ Según Tito Livio, Lucrecia, personaje histórico de la antigua Roma (siglo VI a.C.), se suicidó tras ser violada; simbolizaba la fidelidad conyugal.

²⁰ El *rayo de luz* parece aquí 'relámpago' que ilumina la verdad amarga y da pie al desengaño, sin la connotación feliz que tiene a menudo la imagen.

levanta el pestillo. Augusto ya no es un hombre; es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue a su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar en una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes de que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma, y apenas tiene tiempo para dictar a su madre la carta siguiente:

Madre mía, dentro de media hora no existiré: cuidado de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan a domar sus pasiones y a respetar a aquellos a quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonor y mi crimen; harto cara pago mi falsa despreocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre.

Acabada esta carta se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el más bello corazón se ha hecho desgraciado a sí y a cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamándome para mostrármela, prostrada en su lecho y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

«Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz...», son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy a mis lectores otros artículos más joviales, que para mejor ocasión les tengo reservados.²¹

²¹ En *El Pobrecito Hablador* aparecía al final del artículo una reflexión de Larra sobre el sentido del relato y sobre la

relación entre el escritor y la sociedad de su tiempo, importante para comprender su pensamiento en 1832.¹⁰⁰

haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Pareciome el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposición, y fue preciso explicarme más claro.

—Mirad —le dije—, monsieur Sans-délai —que así se llamaba—;³ vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

—Ciertamente —me contestó—. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma, y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me

³ Traducido literalmente, 'Señor Sin demora'.

conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

—Permitidme, monsieur Sans-délai —le dije entre socarrón y formal—, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

—¿Cómo?

—Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

—¿Os burláis?

—No, por cierto.

—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

—Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.

—¡Oh! Los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

—Os aseguro que en los quince días con que contáis no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

—¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

—Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido. Encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que «nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días». Sonreíme, y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos.

—Vuelva usted mañana —nos respondió la criada—, porque el señor no se ha levantado todavía.

—Vuelva usted mañana —nos dijo al siguiente día—, porque el amo acaba de salir.

—Vuelva usted mañana —nos respondió al otro—, porque el amo está durmiendo la siesta.

—Vuelva usted mañana —nos respondió el lunes siguiente—, porque hoy ha ido a los toros.

¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Vímosle por fin, y «vuelva usted mañana», nos dijo, «porque se me ha olvidado». «Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.»

A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor, de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí: un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola; y el sombrerero, a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

—¿Qué os parece de esta tierra, monsieur Sans-délai? —le dije al llegar a estas pruebas.

—Me parece que son hombres singulares...

—Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.

Presentose con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro días volvimos a saber el éxito de nuestra pretensión.

—Vuelva usted mañana —nos dijo el portero—. El oficial de la mesa no ha venido hoy.

«Grande causa le habrá detenido», dije yo entre mí. Fuímonos a dar un paseo, y nos encontramos, ¡qué casualidad!, al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero:

—Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.

—Grandes negocios habrán cargado sobre él —dije yo.

Como soy el diablo, y aun he sido duende,⁴ busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrillo al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo el acertar.⁵

—Es imposible verle hoy —le dije a mi compañero—; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Dionos audiencia el miércoles inmediato, y, ¡qué fatalidad!, el expediente había pasado a informe,⁶ por desgracia a la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasose al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando después de tres meses a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.

⁴ En 1828 Larra había publicado cinco números de un pequeño periódico titulado *El Duende Satírico del Día*.

⁵ Se refiere al *Correo Literario y Mercantil*, que por las fechas en que se escribió este artículo simbolizaba una época pasada.^o

⁶ *informe* alude aquí al texto en el que un funcionario redacta una decisión administrativa o las consideraciones destinadas a fundamentar la decisión, texto que se incorpora al expediente.

—De aquí se remitió con fecha de tantos —decían en uno.

—Aquí no ha llegado nada —decían en otro.

—¡Voto va!⁷ —dije yo a monsieur Sans-délai—; ¿sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay,⁸ y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio!

—Es indispensable —dijo el oficial con voz campanuda— que esas cosas vayan por sus trámites regulares.

Es decir, que el toque estaba, como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma, o al informe, o a la aprobación, o al despacho, o debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado».⁹

—¡Ah, ah!, monsieur Sans-délai —exclamé riéndome a carcajadas—: éste es nuestro negocio.

Pero monsieur de Sans-délai se daba a todos los oficinistas, que es como si dijéramos a todos los diablos.

—¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: «Vuelva usted mañana», y cuando este dichoso «mañana» llega en fin nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.

—¿Intriga, monsieur Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: ésa es la gran causa oculta; es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

⁷ Parece forma abreviada de *¡voto va a Dios!*, o *¡voto a Dios!*, «expresión de juramento o amenaza» (*DRAE*, 1832), equivalente a '¡por Dios!'. Véanse las pp. 69, 101, 118, 307 y 364.

⁸ El alma de Garibay, que «no la qui-

so Dios ni el diablo», y sigue «entre el ser y el no ser» como un fantasma. Quedo la menciona en *Sueños*.^o

⁹ Aquí aparecía en *El Pobrecito Habrador* una nota a pie de página de Larra que suavizaba el sentido del texto.^o

—Ese hombre se va a perder —me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

—Ésa no es una razón —le repuse—; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide: él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

—¿Cómo ha de salir con su intención?

—Y suponga usted que quiere tirar su dinero, y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa?

—Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.

—¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?

—Sí, pero lo han hecho.

—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Conque, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.

—Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.

—Por esa razón deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.

—En fin, señor Fígaro, es un extranjero.

—¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

—Con esas *socaliñas* vienen a sacarnos la sangre.¹⁰

—Señor mío —exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia—: está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

»Un extranjero —seguí— que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero; si pierde, es un héroe; si gana,

¹⁰ *socaliña*: «ardid o artificio con que se saca a alguno lo que no está obligado a dar» (DRAE, 1832).

es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene a sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora; y hasta ha contribuido al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros; a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos...¹¹ Pero veo por sus gestos de usted —concluí, interrumpiéndome oportunamente a mí mismo— que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas!¹²

Concluida esta filípica, fuime en busca de mi Sans-délai.

—Me marchó, señor Fígaro —me dijo—: en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.

—¡Ay, mi amigo! —le dije—, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.

—¿Es posible?

¹¹ Larra veía en Estados Unidos una sociedad nueva que, por su juventud, según la metáfora bióloga, acabaría superando necesariamente a la vieja Europa. Véase más adelante la reseña del drama *Felipe II*, de José María Díaz (pp. 615-618).

¹² A continuación aparecía en *El Pobrecito Habrador* otra frase en la que Larra dissociaba al gobierno de la crítica dirigida a los empleados. □

—¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...

Un gesto de monsieur Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

—Vuelva usted mañana —nos decían en todas partes—, porque hoy no se ve.

—Ponga usted un memorialito para que le den a usted un permiso especial.

Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentose con decir:

—Soy extranjero.

¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos!

Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado a su patria, maldiciendo de esta tierra, dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que, a la vuelta de tanto mañana eternamente futuro, lo mejor, o más bien lo único que había podido hacer bueno había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen monsieur Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana con gusto a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para hojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo a mí mismo, que todo esto veo, y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada, y las esperanzas de más de un empleo que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no

deje para mañana; te referiré que me levanto a las once y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una) y, un cigarrito tras otro, me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fue de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé «Vuelva usted mañana»; que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: «¡Eh! ¡mañana le escribiré!». Da gracias a que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

TABLA

Presentación IX

FÍGARO

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES

[Texto introductorio]	5
Mi nombre y mis propósitos	7
Empeños y desempeños	13
El casarse pronto y mal	23
El castellano viejo	31
Vuelva usted mañana	42
Representación de «Los celos infundados, o El marido en la chimenea», comedia en dos actos y en verso de don Francisco Martínez de la Rosa	52
Yo quiero ser cómico	56
Ya soy redactor	63
Don Cándido Buenafé, o El camino de la gloria	68
En este país	75
Representación de la comedia nueva de don Manuel Eduardo Gorostiza titulada «Contigo pan y cebolla»	82
Don Timoteo, o El literato	88
La polémica literaria	96
La fonda nueva	102
«Poesías» de don Francisco Martínez de la Rosa	108
Las casas nuevas	112
Representación de «La fonda, o La prisión de Rochester», comedia en un acto, y de «Las aceitunas, o Una desgracia de Federico II», ídem	119
Varios caracteres	123
Nadie pase sin hablar al portero, o Los viajeros en Vitoria	127
La planta nueva, o El faccioso. Historia natural	134
La Junta de Castel-o-Branco	138
Las circunstancias	146

TABLA

Representación de la comedia original en tres actos y en verso titulada «Un tercero en discordia», de don Manuel Bretón de los Herreros	151
Representación de «La mojigata», comedia de don Leandro Fernández de Moratín	156
Representación de «El sí de las niñas», comedia de don Leandro Fernández de Moratín	159
Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres. Mascarada política	162
El siglo en blanco	170
Ventajas de las cosas a medio hacer	174
«Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas. Bosquejo histórico», por don Francisco Martínez de la Rosa	178
Representación de «Un novio para la niña, o La casa de huéspedes», comedia nueva original, escrita en diversos metros	181
El hombre pone y Dios dispone, o Lo que ha de ser el periodista	185
«Vidas de españoles célebres», por don José Quintana	187
Representación de «La niña en casa y la madre en la máscara», comedia original de don Francisco Martínez de la Rosa	191
«Espagne poétique», por don Juan María Maury	196
Representación de «La conjuración de Venecia», drama histórico en cinco actos y en prosa, de don Francisco Martínez de la Rosa	202
Las palabras	208
Representación de «Numancia», tragedia en tres actos	211
Jardines públicos	214
Representación de «Tanto vales cuanto tienes», comedia original en tres actos y en verso, de don Ángel Saavedra	218
Carta de Fígaro a un bachiller, su corresponsal	224
Segunda y última carta de Fígaro al bachiller, su corresponsal desconocido	230
Modas	234
La gran verdad descubierta	237
El ministerial	239
Segunda carta de un liberal de acá a un liberal de allá	245
Primera contestación de un liberal de allá a un liberal de acá	249
La cuestión transparente	252

TABLA

¿Entre qué gentes estamos?	254
Dos liberales, o lo que es entenderse. Primer artículo	261
Dos liberales, o lo que es entenderse. Segundo artículo	266
La vida de Madrid	270
Bailes de máscaras. Billetes por embargo	275
La calamidad europea	278
Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá	283
Lo que no se puede decir, no se debe decir	287
Revista del año 1834	290
La sociedad	294
Un periódico nuevo	301
La Policía	309
Por ahora	314
Literatura. «Poesías» de don Juan Bautista Alonso	318
Carta de Fígaro a su antiguo corresponsal	324
El hombre-globo	329
La alabanza, o que me prohíban éste	337
Un reo de muerte	343
Una primera representación	349
La diligencia	359
El duelo	367
El álbum	374
Las antigüedades de Mérida. Primer artículo	380
Las antigüedades de Mérida. Segundo y último artículo	384
Los calaveras. Artículo primero	391
Los calaveras. Artículo segundo y conclusión	396
Modos de vivir que no dan para vivir. Oficios menudos	404
La caza	413
Impresiones de un viaje. Última ojeada sobre Extremadura.	
Despedida a la patria	419
Cuasi. Pesadilla política	426
Fígaro de vuelta. Carta a un su amigo residente en París	431
Literatura	439
«García de Castilla o el triunfo del amor filial», tragedia en cinco actos y en verso	447
Buenas noches. Segunda carta de Fígaro a su corresponsal en París, acerca de la disolución de las Cortes y de otras varias cosas del día	452
«Teresa», drama en cinco actos, de M. Alexandre Dumas	464

TABLA

Carta de Fígaro a don Pedro Pascual de Oliver, governador civil interino de la provincia de Zamora	469
Teatros	474
De la sátira y de los satíricos	480
«El trovador», drama caballeresco en cinco jornadas, en prosa y en verso. Su autor don Antonio García Gutiérrez	488
«Las fronteras de Saboya, o El marido de tres mujeres», «El último bufón», comedias nuevas traducidas	494
De las traducciones	498
«Catalina Howard», drama nuevo en cinco actos	504
A beneficio del señor López	510
Dios nos asista. Tercera carta de Fígaro a su corresponsal en París	513
Los barateros, o El desafío y la pena de muerte	533
Ni por ésas. Verdadera contestación de Andrés a Fígaro, publicada por éste	538
Fígaro al director de «El Español»	545
«Aben-Humeya», drama histórico en tres actos, nuevo en estos teatros. Su autor don Francisco Martínez de la Rosa	548
«Panorama matritense», cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante. Artículo primero	555
«Panorama matritense», cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante. Artículo segundo y último	562
«Antony», drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas. Artículo primero	567
«Antony», drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas. Artículo segundo	571
«Hernani, o el honor castellano», drama en cinco actos	579
Memorias originales del Príncipe de la Paz. Artículo primero	583
Memorias originales del Príncipe de la Paz. Artículo segundo	588
«Margarita de Borgoña», drama nuevo en cinco actos	593
El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio	599
«El pilluelo de París», comedia nueva en dos actos	606
Fígaro dado al Mundo	610
«Felipe II», drama nuevo en cinco actos y siete cuadros	615

TABLA

«Horas de invierno»	619
La Noche Buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico	624
Fígaro a los redactores del «Mundo», en el mundo mismo o donde paren	632
Fígaro al Estudiante	637
Necrología. Exequias del conde de Campo Alange	640
«Los amantes de Teruel», drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Eugenio Hartzenbusch	645
Fígaro a los redactores del «Mundo»	652
«Todo por mi padre», escándalo en tres actos. «La Posadera rusa», sandez dramática en uno solo	656

APÉNDICE

Textos no recogidos en Fígaro

El duende y el librero. Diálogo	661
El café	664
Una comedia moderna. «Treinta años, o La vida de un jugador»	677
¿Quién es el público, y dónde se le encuentra? Artículo mutilado, o sea refundido. Hermita de la Chaussée d'Antin	690
El mundo todo es máscaras. Todo el año es Carnaval. Artículo del Bachiller	698
Carta última de Andrés Niporesas al bachiller don Juan Pérez de Munguía	711
Muerte del Pobrecito Hablador	715
Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar, por don Agustín Durán	724
Fígaro en Lisboa. Adiós a la patria. Último artículo	727
Conventos españoles. Tesoros artísticos encerrados en ellos	731
El ministerio Mendizábal. Folleto, por don José de Espronceda	735
Teatros. «Un procurador, o La intriga honrada», comedia nueva	739

TABLA

«No pudiendo escribir en “El Español”»	744
Despedida de Fígaro	746
Fígaro al director de «El Español» para deshacer varias equivocaciones	748
«Blanca», cuento romántico en verso, original de don J.F. Díaz. Poetas jóvenes que más se distinguen	751
Cuatro palabras del traductor	755
Señores redactores	762
Señores redactores de «El Español»	767
Función extraordinaria celebrada en la noche del 30 de enero en solemnidad de la entrada del ejército libertador en Bilbao, y a beneficio de las víctimas del sitio	769

ESTUDIO Y ANEXOS

MARIANO JOSÉ DE LARRA Y «FÍGARO»

1. Vida, periodismo y literatura en la revolución liberal	775
2. Costumbrismo, crítica teatral y literaria y sátira política	798
3. Interpretaciones de la obra de Larra	820
4. Historia del texto	830

APARATO CRÍTICO	847
-----------------	-----

NOTAS COMPLEMENTARIAS	911
-----------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	957
--------------	-----

ÍNDICE DE NOTAS	973
-----------------	-----